

Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra:

Exilio : el precio de la libertad

Autor:

Peñaloza Palma, Carla

Forma sugerida de citar:

Peñaloza, C. (2023). Exilio: el precio de la libertad. En E. Coraza (Coord.), *Movilidades en América Latina. Violencias en tiempos postransicionales* (pp. 145-174). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en:

Movilidades en América Latina. Violencias en tiempos postransicionales

Diseño de portada:

Brutus Higueta, Marie-Nicole

Diseño y edición de interiores:

Martínez Hidalgo, Irma

ISBN:

978-607-30-8199-3

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EXILIO: EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Carla Peñaloza Palma

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se fundamenta especialmente en las entrevistas realizadas a Héctor Maturana, que hoy tiene cincuenta y cuatro años, y que durante veinte años no pudo vivir en Chile. En 1986, participó en el atentado contra Augusto Pinochet, fue detenido en 1989 y en 1994 se le conmutó la pena de presidio por la de extrañamiento. A la fecha, y a pesar de haber cumplido su pena, continúa viviendo en Bruselas, donde tiene dos hijos y su trabajo. Estas entrevistas se realizaron durante la pandemia y se llevaron a cabo de manera virtual. La primera mientras Héctor se encontraba en Chile de visita en casa de su madre, en marzo de 2021, y la segunda, meses después, cuando ya estaba de regreso en su casa de Bruselas. El uso de la entrevista no ha sido fortuito, sino una elección pensada desde la perspectiva de los intereses de la historia reciente y la memoria. Nos develan, por una parte, hechos del pasado, que para muchos siguen siendo parte del presente, así como también nos posiciona en un debate que, en otro contexto, vuelve a situarse en el espacio público.

La prisión política y el exilio en Chile tienen ya varios capítulos en periodos distintos de su historia, y vistos desde el presente podemos decir que ninguno de ellos está completamente cerrado. En el caso que nos convoca, sus efectos son evidentes. Héctor fue condenado a vivir fuera de Chile por veinte años; si bien ese plazo ya se ha cumplido, la vida transcurrida le impide regresar. Un pasado abierto, tal como el de aquellos que, tras el golpe de Estado, debieron salir del país, y que tampoco pudieron regresar o aún padecen las consecuencias del desexilio. La conversación sostenida con Héctor, además, tiene lugar en un momento en que el concepto de prisión política vuelve a escena, producto de la revuelta popular iniciada en octubre de 2019, que si bien no fue abordado explícitamente, fue el contexto inevitable de este diálogo. Así, entendemos que el principal mérito de las fuentes orales es su capacidad de “informarnos, más que de los acontecimientos, de sus significados”,¹ acentuando el subjetivo punto de vista del narrador. Así, de acuerdo con Alessandro Portelli, “Nos informan no sólo los hechos, sino lo que estos significaron para quien los vivió y los relata; no sólo respecto de lo que las personas han hecho; sino sobre lo que querían hacer, lo que creían hacer, o sobre lo que creían haber hecho; sobre las motivaciones; sus reflexiones, sus juicios y racionalizaciones”.²

Dicho todo lo anterior, el relato de Héctor nos permite reconstruir una historia poco conocida desde la particular perspectiva de su protagonista, por lo que no pretende generalizar. Hemos utilizado otras fuentes, como la prensa, para complementar información de algunos hechos y construir un relato comprensible para el lector. En esa misma lógica, el texto hace referencia a la bibliografía historiográfica sobre el periodo.

¹ Alessandro Portelli, *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (Rosario: FaHCE/ Universidad de la Plata, 2016, ProHistoria).

² *Ibid.*, 23.

EXILIO EN CHILE

Durante la dictadura de Pinochet, cientos de miles de chilenas y chilenos debieron abandonar el país, en condición de exiliados políticos, ante la persecución desatada en contra de los militantes de la Unidad Popular. El exilio fue un fenómeno masivo y diverso como experiencia, desde el punto de vista de las formas que adoptó la salida, la cantidad de países de todos los continentes que acogieron perseguidos chilenos de diferentes orígenes y clases sociales; y, si bien es claro que el exilio comienza tras el golpe de Estado, continuó en los meses y años siguientes, sobre todo hasta 1977, aproximadamente. Las fechas de regreso son también disímiles. Las primeras fechas del retorno legal —e ilegal— tienen sus propias particularidades, comienzan a fines de los años setenta y se prolongan hasta iniciada la década de los noventa, sin mencionar un impreciso, pero significativo, número de chilenos que jamás pudo regresar a su patria.

En muchos casos, el retorno estuvo determinado por las condiciones de salida, sobre todo por las normativas impuestas por la dictadura que, a diferencia de otros regímenes autoritarios, implementó dispositivos legales para expulsar del país a chilenos o extranjeros considerados peligrosos por el régimen. Al momento del golpe de Estado en Chile, había más de veinte mil refugiados, la mayoría de ellos provenientes de otros países de América Latina, perseguidos por sus gobiernos y que fueron los primeros en ser conminados a abandonar el país mediante un bando de la junta militar que incitaba a la población a denunciar a cualquier extranjero, pues todos ellos eran sospechosos de actividades terroristas.

Por otra parte, en octubre de 1973, mediante el decreto de la Ley 81, permite al gobierno la expulsión o el abandono del país de personas extranjeras o nacionales consideradas peligrosas para la seguridad nacional, conmutar penas de cárcel por extrañamiento y la prohibición de ingreso a todos quienes

hubieren salido del país por la vía del asilo, los que hubieren abandonado sin sujetarse a las normas establecidas, hubieren sido expulsados u obligados al abandono del país, o estuvieren cumpliendo penas de extrañamiento no podrán reingresar sin autorización del ministro del Interior, la que deberá solicitarse a través del Consulado respectivo.³

Cabe señalar que, además de la facultad de expulsión o prohibición de ingreso, hubo una modalidad particular, fruto de la presión de la comunidad internacional y sus organismos humanitarios, que consistió en conmutar la pena de cautiverio por la expulsión del país. La mayoría de los prisioneros no tenía condena o había sido sentenciado de manera irregular por tribunales de guerra y no se fijaba plazo para el retorno, por lo que no era una medida judicial cuya pena estuviera establecida. Más bien fue una disposición para vaciar los campos de concentración por donde pasaron varios miles de personas que podían o debían conseguir asilo a cambio de salir en libertad. En los años ochenta, poco a poco inició el retorno del exilio, tanto por iniciativa y riesgo personal, como porque el régimen comenzó a publicar listas con los nombres de quienes podían regresar a Chile. No fue, sin embargo, hasta el 1° de septiembre de 1988 cuando puso fin legalmente al exilio.

El 11 de marzo de 1990 Pinochet dejó el gobierno y asumió el poder el primer presidente democráticamente elegido, tras diecisiete años de dictadura. Numerosos fueron los desafíos que este nuevo gobierno debió enfrentar como herencia de la dictadura. Uno de ellos, y que abordaremos en este trabajo, fue la existencia de cientos de presos políticos cumpliendo penas por delitos asociados a la lucha por la recuperación de la democracia. El carácter

³ Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, “Decreto Ley 81 fija, por razones de seguridad del Estado, sanciones para las personas que desobedezcan el llamamiento público que indica del gobierno”, 19 de enero de 1990, en <<https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=5733>>, consultada en abril de 2021.

pactado de la transición y el poder de las fuerzas armadas, y con Pinochet a la cabeza del ejército, hacían muy compleja la amnistía para ellos. La fórmula del gobierno fue indultar a quienes consideraba presos de conciencia, haciendo una clara distinción con aquellos que estaban involucrados en delitos “de sangre”. A estos últimos se les conmutó la pena por el extrañamiento. Es decir, nuevamente, bajo un contexto muy diferente, se ocupó una figura similar a la usada en la dictadura, y si bien estamos ante sentencias judiciales, el precio de la libertad será vivir fuera de Chile en general por unos veinte años.

La paradoja es que, quienes habían luchado frontalmente contra la dictadura, no tenían espacio en el país que volvía a recuperar su democracia. Paradójicamente, el exilio en general es un tema del cual se habla muy poco en Chile. No es un tema que ocupe la agenda pública, y en el ámbito de las ciencias sociales aún es poco estudiado. Más aún, pareciera ser un tema incómodo, incluso para los propios afectados, que parecieran sentirse culpables de haber vivido la dictadura lejos de la patria, como si hubiesen tenido opción de elegir. En el caso de las penas de extrañamiento que abordaremos en este trabajo, la situación es aún más desconocida para los estudiosos y ciudadanos en general. Visibilizarla y recoger el testimonio de uno de sus afectados es un aporte en un campo de estudios que está enfrentado a permanentes descubrimientos y desafíos tensionados por un presente que actualiza sin tregua los dolores de la migración forzada.

LA URGENTE VIDA DE HÉCTOR

La historia de Héctor es, sin duda, singular. Pocos fueron los elegidos para participar en el grupo que atentó contra la vida de Pinochet el 7 de septiembre de 1986. Sin embargo, es posible, a través de su experiencia, conocer las complejas circunstancias de

una generación, que creció en medio del terrorismo de Estado. No todos eligieron las mismas opciones, como también es cierto que muchos no pudieron optar en uno u otro sentido, o la vorágine de los acontecimientos no les dio tiempo de pensar demasiado antes de tomar una decisión y analizar los costos. No eran héroes ni víctimas, pero sí hijos e hijas de un país violentado que exigía sacrificios a veces involuntarios, muchas veces inútiles, y la mayor parte del tiempo injustos. En esa disyuntiva hubo quienes buscaron un sentido para vivir, aunque ese esfuerzo les costará, precisamente, la vida. Historias de vidas urgentes y vertiginosas las de la militancia armada contra la dictadura, y que tras décadas continúan siendo una marca imborrable en las vidas de sus protagonistas.

Para Héctor, la historia de su temprana juventud ha definido su vida, y así se presenta:

Soy... fui combatiente del Frente Patriótico Manuel Rodríguez [...], fui militante de las Juventudes Comunistas y militante del Frente también y luego hecho prisionero en 1989, después de haber estado fuera, y a mi vuelta me hicieron prisionero, y estuve hasta el año 94 donde me fui con un eufemismo que se llama extrañamiento que simplemente era el exilio forzado que nos obligaron a todos los prisioneros políticos, algunos digamos, a salir.

Nació en Recoleta, un barrio antiguo de clase trabajadora, “pobre, pero no marginal”, según sus palabras, ubicado en la zona norte de Santiago, a fines de los años sesenta. Fue el penúltimo de siete hermanos, sacados adelante por una esforzada madre, apoyada sólo a veces por un padre más bien ausente. Sus recuerdos como niño, durante la Unidad Popular, son alegres. Sus hermanos eran militantes socialistas y “vivieron ese periodo con mucha efervescencia [...] fue un lindo periodo, ellos nos cuentan que fue un lindo periodo [...] lo recuerdan con cariño”. Todo eso cambió a partir del 11 de septiembre, “cuando fue el golpe, por supuesto que

fue un golpe también para nosotros, sabíamos que algo se estaba destruyendo. Entre avión y avión que pasaba, veíamos un futuro incierto”.

Si bien destaca que no les pasó nada a nivel familiar, “lo que sí [es que] algunos vecinos que desaparecieron cerca de casa. Se prohibía hablar del tema en casa, porque era un tema casi tabú, por un periodo muy largo, sólo se hablaba en pequeños círculos”.

A partir de entonces, como en muchos hogares chilenos se instaló el silencio por un periodo muy largo. No se hablaba por miedo, por tristeza, en definitiva, por sobrevivencia. Los hermanos —dice— solamente se escondieron un momento, tuvieron que enterrar publicaciones, ese tipo de cosas, “nunca la represión vino directamente a nosotros”.

Desde su perspectiva, la situación económica no cambió: “O yo lo vivía de otra forma, no lo recuerdo bien cómo ese periodo, un periodo trágicamente [...] yo creo que lo vivimos como toda familia, o yo pensaba como toda familia empobrecida de Chile. Para nosotros era más o menos normal. Nunca nos faltó la comida”.

Los siete hermanos vivían del trabajo de su mamá y la pensión que ella recibía de su papá que había sido carabinero: “Mi mamá trabajaba en una fábrica, y después del golpe dejó de trabajar, no lo tengo muy claro. Se empleó en lo que venía, atendía en un almacén, hizo muchos trabajos esporádicos”.

Es interesante cómo la represión y los problemas económicos de alguna manera son vistos como eventos normales, o no tan graves, sobre todo comparado con otras familias. El rigor que debieron enfrentar los chilenos y las chilenas de esos años, al ser un problema colectivo, deja de ser un motivo de queja, pues siempre había quienes padecían más. Lo cierto es que el país vivía una situación extremadamente compleja. Por una parte, la represión contra los partidarios de la Unidad Popular y la población en general era violenta, masiva y sistemática, y con características inéditas para el país. Entre 1973 y 1976 es el periodo en el que se

registran más ejecuciones y casos de desaparición forzada. Además, tras los primeros meses, la represión fue dirigida especialmente a la aniquilación de los partidos de izquierda (1974 contra el MIR, 1975 contra el Partido Socialista y 1976 contra el Partido Comunista).

A esto se sumaba una crisis económica que afectaba a la inmensa mayoría y, de manera especial, por supuesto, a los más pobres. Producto de la inflación, el poder adquisitivo de los chilenos bajó entre 1972 y 1976 a la mitad. La cesantía aumentó acelerada y progresivamente hasta llegar a un 32% en 1982. Esto sin contar que, de la población económicamente activa, un 10% trabajaba en los programas de subsidio al empleo —Programa de Empleo Mínimo (PEM) y Programa para Jefes de Hogar (POJH)— creados por el gobierno para absorber a la masa de cesantes que eran considerados beneficiarios, más que trabajadores asalariados.⁴ En ese contexto, y a pesar del clima de terror, las organizaciones sociales y los partidos políticos en la clandestinidad comienzan a organizar acciones de resistencia contra la dictadura, así como actividades de sobrevivencia como las ollas comunes, comedores populares, para garantizar al menos una comida diaria a quienes más lo necesitaban. Todo esto fue un proceso que toma muchísima fuerza y expresión pública a partir de mayo de 1983, cuando es convocada la primera jornada de protesta nacional, y tendrán una continuidad casi mensual, al menos hasta septiembre de 1986.

Los primeros vínculos con la militancia política, para Héctor, se dan en este contexto. Según sus propios cálculos, a fines de los años setenta o comienzo de los ochenta: “Los primeros pasos fueron yo creo que más que nada porque mi papá vivía en La Pin-

⁴ Matías Sepúlveda Momberg, “Del trabajo protegido al trabajo subsidiado. Intervención, libre mercado y la situación de los trabajadores del PEM y del POJH. 1974-1984”, en *Seminario Simon Collier 2014* (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2015), 213-244.

coya y en La Pincoya,⁵ había mucha... mucho movimiento social y entonces como había mucho movimiento social, uno se iba conociendo con gente y se iba involucrando. Evidentemente que fue allá que fue allá que me vincularon a las Juventudes Comunistas”.

A diferencia del barrio donde vivía con su mamá, que era más tranquilo y la gente no se metía mucho con nadie, el sentido comunitario de la población La Pincoya favoreció la organización y resistencia contra la dictadura. La población había nacido producto de tomas de terreno y programas de ayuda a los pobladores en sucesivos gobiernos y muy especialmente el de la Unidad Popular, encabezado por Allende. Los partidos de izquierda, particularmente los comunistas, tuvieron una destacada presencia y apoyo entre sus habitantes. En términos generales, el vínculo más común con el Partido Comunista, en Chile, se da a través de la familia, sin embargo, en este caso es más bien el entorno el que influye de manera determinante. Un entorno que históricamente tuvo un alto nivel de organización y con una población de clase trabajadora al límite de la pobreza.

Porque, de hecho, señala Héctor: “Yo tampoco vengo de una familia de izquierda, de una tradición republicana, de izquierda, mi mamá no se metía en política, mi viejo tampoco, pero sí tuve mucha influencia de personas ligadas a la cultura”. Además, menciona a personas que de todos modos estaban vinculadas a su familia:

Tenemos familia que eran comunistas, familiares indirectos. Mi cuñado, la hermana de mi cuñado, el otro hermano,⁶ qué sé yo, de fa-

⁵ La Pincoya es un grupo de poblaciones ubicadas en la zona norte de Santiago cuyo origen se remonta a la década del treinta, pero que se inaugura oficialmente en 1969 bajo el gobierno de Eduardo Frei M. y que logra su urbanización bajo el gobierno de Salvador Allende. Entre sus habitantes destacan los militantes y simpatizantes de los partidos de izquierda que apoyaron el gobierno de la Unidad Popular.

⁶ Curiosamente, este hermano es mencionado muy al pasar y sólo vuelve a ser señalado en el relato cuando habla de su vida en Bélgica, y como veremos más adelante es posible suponer una influencia más decisiva en su vida militante.

milia así. Ése fue conocer ese lado cultural donde a muchos no se les permitía, nosotros teníamos acceso un poquito más por el lado... de hecho, por ahí nos vinculamos, hicimos peñas solidarias en la zona norte, en La Pincoya, y ahí por supuesto le pedíamos ayuda a todo el mundo y estaba la Jota siempre ahí con nosotros. Fue así como entró a militar formalmente a las juventudes comunistas, Yo fui un Jotoso, un Jotoso feliz, era feliz en la Jota,⁷ era chico: 14, 15 años, chico.

Las edades y los tiempos se confunden en el relato, no obstante. Sí es muy claro y significativo en el relato la precocidad y premura en que ocurrió todo. A pesar de la corta edad de Héctor, quien cursaba sus estudios secundarios al momento de ingresar a militar a las Juventudes Comunistas, se fue involucrando muy rápidamente en otras acciones: “Yo entré muy chico igual, aprendía mucho igual en eso, después fue como muy vertiginoso el ascenso en las cosas, yo recuerdo un pasaje muy pequeño en la jota, porque nos convertimos después en Unidades de Combate. No cualquiera pasaba a formar parte de estas Unidades de Combate, eran elegidos ‘entre los que mostraban más garra, ya eran otro tipo de actividades’”; ese tipo de actividades las describe: “hacía por ejemplo sabotaje menor, o sea ayudabas pa’ las protestas y volabas una caja de transformadores para que se cortara la luz, y que se yo, pero ya utilizábamos cierto tipo de armamentos, no tan sofisticados, pero utilizábamos armamento y explosivos caseros”.

La mayoría de los miembros de estas unidades era gente muy joven al igual que Héctor, sin ninguna experiencia ni formación, y aprendieron a través de instructivos que llegaban de los órganos de dirección: “Bajaban circulares sobre cómo realizarlos. Con pólvora... nitrato... Te decían cómo hacerlo y era bien efectivo”, “Casi no teníamos entrenamiento, reuniones nada más, de qué íbamos

⁷ La *Jota* es el nombre coloquial que se da a las Juventudes comunistas de Chile, cuya sigla es JJCC.

a hacer, cómo lo haríamos, cosas así, no era muy [...] era como, cómo te puedo decir, en ese tiempo, era como una premilitar [...], habíamos varios de la misma edad mía, era como simpático tener la noción de que íbamos a hacer algo, tampoco hacíamos grandes cosas”. Pero, según sus propias palabras, fueron yendo cada vez más lejos “Hasta que alguien vino para reclutarme pa’l frente”.

DESDE EL FRENTE

Tras la aniquilación de dos direcciones del Partido Comunista en manos de los organismos represivos de la dictadura, el debate sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular y las formas de enfrentar la dictadura toma nuevos aires. Si en un comienzo la decisión había sido la creación de un frente antifascista que aglutinara a todas las fuerzas antigolpistas tras el duro golpe de 1976, los comunistas comienzan a hablar del vacío histórico que era la ausencia de una política militar que les había impedido defenderse a sí mismos y al gobierno popular.⁸ Lo cierto es que el Partido Comunista chileno había apostado siempre por la vía electoral e institucional, y en esa línea había sido protagonista de los avances del movimiento popular del cual era uno de sus conductores principales. Esa presencia en el mundo popular, de hecho, fue la que facilitó su supervivencia y capacidad de organización tras el golpe de Estado. Sin embargo, el costo había sido muy alto. La mayoría de sus dirigentes más relevantes estaban, a fines de 1976, en el exilio o desaparecidos, y una nueva generación con mucho menos experiencia y desde la clandestinidad debe asumir la dirección interna.

En este debate toma fuerza la idea de apostar por una vía más radical de lucha contra la dictadura que es conocida, a partir de

⁸ Rolando Álvarez Vallejos, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista* (Santiago: LOM, 2003).

septiembre de 1980, como la política de rebelión popular de masas que incluía todas las formas de lucha. Es decir, por primera vez en la historia de los comunistas chilenos considera también la lucha armada.⁹ Lo cierto es que, ya desde los primeros días, tras el golpe de Estado, había comenzado la preparación militar de algunos militantes, en el hipotético caso que más adelante se tomará la determinación de enfrentar a la dictadura con armas. Ésa había sido la decisión de la dirección. Así se formaron varios militantes de las juventudes comunistas, hijos de exiliados la mayoría de ellos, en los países de la órbita socialista como Bulgaria, Vietnam o Cuba. En general, su primera experiencia en combate antes de ingresar a Chile fue en Nicaragua, en el proceso revolucionario sandinista primero y en la guerra con la contra después.¹⁰

En ese contexto surge el FPMR, que hace su aparición pública el 14 de diciembre de 1983 con un apagón que deja a oscuras a buena parte del país. Surge como una organización creada por el Partido Comunista, con militantes de sus filas, y recibe las orientaciones políticas de su dirección, pero es una orgánica aparte. Por lo demás, el Partido Comunista no reconocerá su vínculo hasta entrados los años noventa. Héctor es reclutado para formar parte del frente en 1984:

Nosotros pertenecemos al comité local de La Pincoya, de allá de la zona norte, entonces tuve que salirme de la Jota, para ingresar al frente, para eso no tenía ni siquiera que dar razones porque me iba. Fue un poco duro primero, porque todo el mundo se preguntaba ¿Por qué te vas? ¿Qué te pasó?, y tú no podías decir porque me voy al frente. Me fui y no les dije nada. Quedaron convencidos que me iba por las mías no más... ya no me importaba mucho. Encontra-

⁹ Luis Rojas Núñez, *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido comunista de Chile y del fpmr 1973-1990* (Santiago: LOM, 2011).

¹⁰ Mauricio Osorio Leandro, *Búlgaros. El ejército entrenado para matar a Pinochet* (Santiago: Aguilar, 2021).

ba que me quedaba como chico la historia de la Jota, era bacán, simpático, buena onda, la peñita, la ida pa'allá, las reuniones de secundario.

Pero, para entonces, ya no era suficiente: “me sentía vegetando en mi célula, haciendo cosas que no me interesaban mucho, ya las cosas estaban feas”. Al frente se llegaba por recomendaciones. Eran ellos los que buscaban a la mejor gente para proponerles ser parte de la organización, no al revés, buscaban entre quienes se habían destacado por su valentía: Héctor reconoce que era muy osado. Por cierto, más allá del riesgo, existían motivaciones importantes para ser parte de aquello: “Era un mito en las células de la Jota ser del frente. Todo el mundo de alguna manera habría querido ser del frente, pero a algunos les daba miedo, y yo ya sabía que mis amigos estaban en el frente. No lo sabía, pero lo intuía. Hasta que un día hablé con él. A mí me llegó así, como... ni siquiera lo pensé, pero dije que sí, *al tiro*”.

Mientras tanto, Héctor llevaba una vida aparentemente normal. Siguió cursando sus estudios de secundaria, y ésa fue por años su mejor coartada, “en mi casa nadie hubiera sospechado, iba al liceo, tenía buenas notas, hacía de todo, deporte, música” era socialmente muy activo y se involucraba en todas las actividades de su barrio y su liceo. En todas, menos en las políticas. En ese punto debía ser neutral, no opinar ni participar en manifestaciones, nada. Era la forma de cuidarse para que nadie sospechara de sus actividades clandestinas. Eso también le servía para distraerse y no pensar en sus responsabilidades como militante del FPMR. Sobre su doble vida, él compara su situación con el personaje de Clark Kent. Lo repite una y otra vez. Para los demás era un estudiante común y corriente, pero en realidad era un miliciano rodriguista: “Mi disfraz de colegial siempre fue el mejor para conspirar. El mejor disfraz era ser el hijo de mi mamá y tener una cobertura como escolar. Nunca tuve que ser clandestino”.

Esta doble vida pudo mantenerla hasta 1986, el año decisivo, cuando dejó el colegio. Su rendimiento escolar iba a la baja y, sobre todo, había perdido el interés. Las tareas de la militancia eran más demandantes y atractivas. Siguió saliendo todas las mañanas de uniforme escolar, pero en vez de ir a la escuela iba a entrenamiento al Parque O'Higgins. Para su madre, su activismo político se reducía a las actividades de la parroquia, alrededor de la cual se organizaban los vecinos para enfrentar las jornadas de protesta, pero para él, la verdad, eran parte del pasado. Él estaba a punto de embarcarse, aunque aún no lo sabía, en una misión mucho más grande. En el frente, Héctor es el más joven, y él recuerda haberlo sentido así. Se consideraba imberbe, dice, y sentía la presión de asumir cada vez más responsabilidades, pero la idea de ser jefe no le atraía. Eso no significaba que su compromiso no fuera total. Después de dejar el colegio, también dejó su casa: "me costó mucho dejar mi vida, me gustaba mi vida, el barrio, el colegio, los amigos".

Corría el año 1986, todas y todos los rodriguistas debían estar disponibles para la sublevación nacional. Se suspende cualquier otra actividad, pues ningún militante podía correr el riesgo de ser detenido. El 2 y 3 de julio son recordados como la más grande jornada de protesta de la década, pero ha quedado grabada en la memoria de Chile con los nombres de Rodrigo Rojas y Carmen Gloria Quintana, quienes a primeras hora del primer día de protesta se dirigieron junto a otros jóvenes a instalar barricadas para detener el tránsito. Rodrigo llevaba un par de meses en Chile, pues normalmente vivía exiliado en Estados Unidos con su madre y su hermano. Carmen Gloria era militante de las Juventudes Comunistas y era parte del grupo con el que se había vinculado en Chile. Ese día, en un barrio de la comuna de Estación Central al poniente del centro de Santiago, fueron sorprendidos por una patrulla militar y quemados vivos. Rodrigo acababa de cumplir 19 años y murió días después producto de las quemaduras. Carmen Gloria

sobrevivió con enorme dificultad y quedó con graves secuelas. Tenía 18 años y estudiaba en la universidad.

Ese día fue muy duro, recuerda Héctor. Fue mucha la impotencia, pues la primera reacción de él y sus compañeros fue la de hacer algo para responder ante tanta barbarie: “El frente estaba muy operativo, pero no pudo intervenir por caso quemados, porque estaban preparados para otras cosas, el frente dijo que no, que no se podía, pero había idea de hacer algo, hubo mucha frustración por eso”.

Sin embargo, a los pocos días debe tomar una decisión que será aún más trascendente que las que ya había tenido que tomar a su corta edad. Por encargo de la dirección del frente, compuesta en su mayoría por quienes se habían formado militarmente en el extranjero, su jefe directo, un vecino de La Pincoya, le pregunta si está dispuesto a participar de una acción que cambiará la historia de Chile, pero de la cual, hay un 99.9 por ciento de probabilidades de no salir con vida. Es la misma pregunta que le hicieron a otros diez combatientes igual que él, sin ningún otro detalle. Sólo los comandantes Joaquín y Ramiro, miembros de la dirección del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, formados en el extranjero, sabían de qué se trataba. Prácticamente todos los consultados respondieron afirmativamente: “tú te imaginai si dos días después del caso quemados te preguntas si estás disponible para una operación en que las posibilidades de salir con vida son nulas. ¿Qué decís tú? voy no más. Yo dije sí, inmediatamente, vamos no más”.

Vale la pena reflexionar sobre este punto. Sin lugar a duda, las emociones jugaron un papel fundamental en la toma de decisiones políticas y vitales de este periodo y contexto particular. Muchas podrían haber sido las razones enunciadas desde la racionalidad política para una decisión tan trascendente, tanto individual como colectivamente hablando; no obstante, nuestro entrevistado nos lleva a un plano irrefutablemente humano. De ahí que surge la necesidad de dejar planteada la pregunta sobre el papel que cumplen

emociones como la rabia, la tristeza, el dolor, etc., en un contexto de violencia. Es probable que podamos entender de mejor manera el devenir de las trayectorias personales y grupales que a veces racionalmente no llegamos a comprender en toda su dimensión. Precisamente, la entrevista, y a partir de ésta, nos permite internarnos en las subjetividades de los actores, nos abre estas nuevas preguntas y aporta una nueva mirada.

Héctor continúa su relato diciendo que, cuando él y sus compañeros se enteran de qué se trata la misión que deben enfrentar tan sólo pocos días antes de ejecutarla, no sintió miedo: “cuando me dijeron a matar a Pinochet... yo estaba feliz, pensaba en harta gente también que había caído antes, y que habría querido estar ahí. Yo sentía mucho odio contra ese viejo”.

El domingo 7 de septiembre de 1986, a las 18:35 horas, en circunstancias que el general Pinochet venía de regreso a Santiago proveniente de su casa en el sector del Cajón del Maipo, a unos 40 kilómetros de Santiago, fue víctima de un atentado efectuado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El atentado no resultó como se había previsto, el auto en el que viajaba Pinochet huyó en dirección contraria, sin que fuese impactado por los lanzacohetes utilizados para la acción, salvado ileso. En la operación murieron cinco escoltas del general y once resultaron heridos. También, contra todo pronóstico, de parte del Frente Patriótico no hubo bajas.

AÑOS DE LA DERROTA

Tras el atentado, la dirección del frente organizó la salida del país de todos y todas aquellos que estuvieron involucrados. Héctor salió hacia Argentina y, de ahí, tras un largo periplo, llegó a Vietnam, donde recibieron entrenamiento militar; en el caso de Héctor, por primera vez en el extranjero. En el ínterin, el frente vivió su más profunda crisis que lo llevó a la división definitiva durante 1987.

Una fracción siguió al alero del Partido Comunista, pero otra se escindió formando el Frente Autónomo. Más allá de las diferencias políticas, el hecho significó un desgarró enorme para los combatientes. A esto se suman una serie de golpes represivos que descabezó a la dirección, siendo los más duros la denominada matanza de Corpus Christi, también conocida como operación Albania, por los servicios de seguridad y el fallido atentado a Los Queñes en el que fueron asesinados Raúl Pellegrin y Cecilia Magni, los más altos dirigentes del FPMR.

A los pocos meses, ya en 1989, tras el plebiscito donde Pinochet fue derrotado, y a pocos meses de las primeras elecciones libres en diecisiete años, Héctor regresa a Chile. No existen cargos en su contra, su situación legal en Chile es normal, no obstante, recibe la orden de entrar al país con una identidad falsa. Una decisión que Héctor cuestiona por encontrarla innecesaria, pero finalmente tuvo que acatarlo, pues era una orden superior, por lo que ingresó haciéndose pasar por otra persona. Ése fue el principio de una serie de acontecimientos desafortunados que terminaron con su detención. Viajando de Santiago a Talca, donde debía refugiarse, fueron sorprendidos por la policía. Para Héctor, todo esto fue consecuencia de las debilitadas condiciones en que quedaron tras la caída de sus principales dirigentes. Había mucho desorden y desprolijidad.

LA CÁRCEL

Una vez en la cárcel se ve agravado por las divisiones internas producto de las diferencias políticas ante el nuevo escenario que planteaba el retorno a la democracia en Chile. Por una parte, un grupo insistía en que nada cambiaría y que la estrategia de la lucha armada seguía siendo válida y necesaria. Para Héctor, si bien entendía que la transición era un proceso pactado, había cierta

apertura y al menos un Estado de derecho que sería respetado. Por lo mismo decidió marginarse de la militancia, pues no se sentía representado por ninguno de los grupos: “Yo no les encontraba razón, si había cierta apertura, no tenía sentido insistir en la vía militarista, en la Guerra Patriótica Nacional. Me marginé. No estaba de acuerdo”. A eso se sumaba, según señala, la sensación de orfandad que sentían en la cárcel. Los principales dirigentes habían muerto o se encontraban fuera del país. Los que habían pasado por la cárcel o se habían fugado,¹¹ o habían logrado salir por la vía institucional.

Para los abogados de derechos humanos que tomaron las causas de los presos políticos tenían confianza en que el Estado de derecho funcionara, y de hecho así ocurrió en la mayoría de los casos. Hubo cuestiones relevantes que fueron cambiando, como el paso de las causas de la justicia militar a la civil. Sin embargo, quedaban quienes cargaban condenas por denominados crímenes de sangre, lo que era para Héctor un despropósito. Se habían enfrentado a una dictadura, y esto no podrían haberlo hecho de manera pacífica. Las propias características de la transición hacían muy difícil la liberación de un grupo de presos políticos. La decisión no podía circunscribirse a lo judicial. Había delitos cometidos, pero en un contexto extremadamente particular como la dictadura. Y entre eso estaba el atentado contra Pinochet. Se requería una salida política que permitiera el indulto, sin embargo, faltó la decisión política para ello. Había sensaciones encontradas sobre la transición para Héctor y para una buena parte de los chilenos. Las cosas efectivamente habían cambiado, no obstante, mucho menos que las esperanzas que albergaba la mayoría.

Pinochet había sido derrotado en el Plebiscito de 1988, y la oposición había ganado las elecciones de 1989; no obstante, el dic-

¹¹ El 30 de enero de 1990, pocas semanas antes de que asuma el nuevo gobierno, cuarenta y nueve presos políticos se fugan de la cárcel pública de Santiago.

tador seguía siendo el comandante del ejército. En ese contexto, se ofrece a quienes están en prisión —y entre ellos a quienes estaban presos por el atentado— la conmutación de su pena por la de extrañamiento, es decir, dejar la cárcel a cambio de dejar también el país por el equivalente a los años que les quedan de condena. No era fácil, en términos personales ni políticos, asumir una decisión como ésa, recuerda. Al interior de la cárcel hubo mucha discusión sobre el extrañamiento. Pues no era lo ideal, pero era mejor que estar preso. Había gente que llevaba muchos años presa y no podías negarle esa posibilidad, pues la decisión se tomó en conjunto, entre todos los presos de todos los grupos políticos y la mayoría estaba por salir, aunque fuera en esas condiciones. Por otra parte, en la medida que avanzaba la transición la gente, según su percepción, se fue olvidando de los presos políticos. Según la visión de Héctor, “ya la gente se comía la hallulla que había democracia”; en definitiva, estaban solos, y salvo sus familiares y amigos cercanos nadie estaba presionando por su liberación.

Por el contrario, la presión llegó desde arriba. El gobierno de Patricio Aylwin, el primero de la transición, llegaba a su fin, y urgía resolver el tema antes de la transmisión de mando a Eduardo Frei Ruiz Tagle. La presión era más bien de carácter internacional, según dice Héctor. Después del debate, y asumido el costo de tener que salir del país, comenzaron los trámites. El procedimiento era así: ellos debían enviar una carta al presidente de la república solicitando un indulto con pena de extrañamiento “porque en democracia no existe el exilio”. Entonces, ése era el requisito: “No nos dejaban otra y así fue”. El último día del gobierno de Aylwin y poco antes de las 12 de la noche salieron de sus celdas al aeropuerto: “A los del atentado nos sacaron en un carro policial, esposados”, Héctor se opuso, reclamó, pero finalmente para él y sus compañeros la libertad que los esperaba era mucho más importante. Como una anécdota más de su vertiginosa vida, desde el

presente Héctor nos relata la salida, pero no logra ocultar la rabia y tristeza que se mezclan, y hasta el día de hoy conviven con él.

Lo cierto es que la salida fue accidentada. En el aeropuerto pueden ver a sus familias, pero deben hacer los trámites por separado. De ellos se hace cargo la Interpol que eran —dice Héctor— más simpáticos que gendarmería, pero los encierran en unas oficinas hasta que puedan embarcar. De sus parientes se encarga la Organización Internacional para las Migraciones. En el aeropuerto había un despliegue especial por su salida, estaba la prensa, y los pasajeros no entendían qué pasaba. Cuando finalmente logran subir al avión, un vuelo regular, y a punto de despegar, les informan que el avión no puede salir, pues hay un anuncio de bomba. Los hicieron bajar, los separaron nuevamente del resto de los pasajeros, “Todos con cara larga, nos fuimos a la misma oficina”. Los nervios de todo el grupo estaban al límite, hasta que llegó un policía de investigaciones y les informan sobre lo que habían identificado. Investigaciones dicen que fue la voz de la persona que había puesto una bomba en el avión. Todos se miran, y entonces el policía imita la voz de Pinochet. Todos estallan en carcajadas y se dan cuenta que por primera vez en el día tienen un momento de distensión.

Finalmente, los embarcan en un avión hasta Buenos Aires. Los mismos policías de Santiago los llevaron hasta el salón VIP del aeropuerto. Mientras afuera estaba lleno de periodistas, ellos decidieron no dar declaraciones, y la policía argentina no les creía que eran ellos los que habían atentado contra Pinochet: “No pensaban que éramos nosotros, se imaginaban gente más grandota”, y la mayoría de ellos no sólo eran jóvenes de edad, sino de estatura más bien baja y contextura delgada. Ahí tomaron un avión hasta Londres. Una vez allí, nuevos controles para asegurarse que sólo estaban de paso. Finalmente, un avión los dejó en Bruselas. Este pormenorizado relato de la salida de Chile es significativo, pues da cuenta de una serie de detalles que marcan el fin de su vida en Chile. Claramente, su presencia acá no era cómoda, no hubo

despedidas ni mucho menos reconocimientos. Ni siquiera manifestaciones en su contra. Parecían ser parte de un pasado que todos querían olvidar, y que para ordenar el país ellos sobraban, no así Pinochet que siguió ocupando el cargo de Comandante en Jefe y las víctimas de la dictadura pidiendo verdad y justicia en medio de discursos y medidas que se inclinaban por la impunidad. No eran héroes ni verdugos. Por el contrario, comenzaban una vida que se caracterizaría por el anonimato y el olvido. Era la transición chilena previa a la detención del exdictador en Londres.

LA VIDA ALLÁ

Uno aquí siempre piensa en allá.

Héctor Maturana

Por fin llegaron a Bruselas y ahí fue todo más acogedor. Los esperaban los presos que habían salido antes de Chile. Un bonito recibimiento, dice, fue el que encontraron. Las organizaciones de Derechos Humanos de Chile y Bélgica se habían coordinado para apoyarlos, y guarda un gran recuerdo de ese proceso. Sin embargo, para Héctor, en Bruselas todo era raro. La arquitectura, el paisaje. No había cordillera, como en Santiago, por lo que era imposible orientarse, daba vueltas en círculos, se perdía. Los buses no paraban en todos los paraderos, sin contar el problema del idioma. Esto último, sin embargo, fue más fácil de resolver. Inmediatamente se inscribió en un curso. En términos económicos, había tranquilidad, pues el Estado les aseguraba una manutención que manejaba la asistente social a cargo de cada uno. No obstante, esto significaba también una limitación en la autonomía, pues les iba pasando el dinero muy poco a poco, y a veces había que hacer gastos más onerosos como, por ejemplo, comprar la primera cuna para su hija.

Su primer hogar fue la casa de su amigo y excompañero de prisión Marcos Paulsen, que había llegado antes que él a Bruselas. Sobre ese periodo señala: “[nosotros] no éramos muy de vida social, pero vivíamos en medio de todos los chilenos que habían estado con nosotros en la cárcel [...] y se instalan de visita todos los días, todo el día [...]. Teníamos que salir de la casa sin que nos vieran, para estar tranquilos [...] entre los cuatro lo pasábamos bien”.

Éstas y otras cosas similares le hicieron pensar. Héctor decidió, entonces, organizar su vida, y reflexiona: “Si bien era duro estar fuera, y esperaba poder regresar cuanto antes a Chile, no estaba dispuesto a vivir, como lo hicieron miles de exiliados chilenos tras el golpe, con la maleta sin desarmar”. Él quería hacer su vida como mejor pudiera en este nuevo país y aprovechar las oportunidades que le ofrecía, y que por cierto las circunstancias en Chile no se lo habían permitido: “Yo me metí a estudiar, en un instituto aprendí el francés, y un cabro del MIR al que yo ayudé mucho [en la cárcel], nadie lo pescaba y yo lo ayudé a hacer la celda, y él se acordaba de eso, siempre teníamos buena onda. Y él, en la segunda semana, me vino a buscar y me dijo que tenía una peguita, en pintura”. En su caso, dice, la integración fue rápida: “Me encontré con mi hermano, tengo un hermano de madre, que vivía en París, que se había fugado de la cárcel años antes”.

Es aquí donde vuelve a hablar, nuevamente sin darle mucha importancia a ese hermano que seguramente tuvo mucha más influencia en su vida de la que relata. Haciendo un balance de su vida en el exilio, señala: “En algunos momentos sí fui feliz acá” —dice en pasado—, a pesar de seguir viviendo en Bélgica:

Estudié un año de asistencia social, me salí porque para mí era muy... demasiado, había que escribir mucho, en francés, no me sentía preparado. A pesar de que me había ido bien en los exámenes. Decidí estudiar algo menos pesado, y estudié para educador especializado, me gustó y salí egresado de eso, y trabajo como educador

especializado. [Fue] duro al principio, pero aquí, la buena onda, estaban los presos, y nos seguimos viendo, no nos llevamos bien con todos, pero veo a los precisos, También tengo amigos belgas. Bélgica me ha dado “caleta”¹² de cosas. Me siento seguro en Bélgica siempre. Conozco aquí, tengo amigos belgas, también amigos belgas, amigos chilenos también integrados con los viejos exiliados de acá. Ahora soy miembro del consejo de administración de la casa de América Latina, me llevo bien con todo el mundo.

Un mundo compuesto por chilenos y belgas, es decir, como todo exilio, doble y fragmentado a la vez. Siempre hay un allá y un acá. En sus palabras, “Uno aquí siempre piensa en allá”. En este caso, se reúnen a la vez dos tiempos del exilio en torno a un mismo pasado que no pasa. Un hecho concreto cristaliza esta experiencia: la detención de Pinochet en Londres en 1998 reunió a distintas generaciones de exiliados europeos en torno a la demanda de justicia de las violaciones a los derechos humanos perpetradas por el dictador. Pero el tiempo seguía pasando y su situación personal no cambiaba. Seguí sin poder volver a Chile. Eran veinte años de prohibición de reingresar. En la cárcel había cumplido su condena. Recuerda que, antes de salir de Chile, su abogado José Galeano, muy reconocido por su trabajo en derechos humanos, seguramente con más esperanza que convicción, le había dicho “ándate no más. Después en 10 años esta huevada habrá cambiado, y ya, y yo le creí. Y puta no fue así, y a los 10 años empezó a pensar en mí”.

Su compañero y amigo, Marcos Paulsen, pudo regresar a Chile, “nos quedamos sino huérfanos, algo parecido”. Entrado el siglo XXI, en Chile existía aún el exilio, pero la mayoría parecía ignorarlo. Lo cierto es que no estaba en la agenda del debate público. Fue así que surgió la idea de organizar el Comité Vuelvo, pero al final sólo fueron tres expresos los que llevaron adelante la iniciativa.

¹² Chilenismo que significa muchas, bastante.

Presentaron una propuesta de indulto en el primer gobierno de la presidenta Bachelet, y nunca tuvieron respuesta. En este periodo, los recuerdos son difusos, los tiempos se confunden. Un momento particularmente gris donde Héctor afirma haberse alejado de toda actividad política y se dedicó exclusivamente al trabajo y su casa. En 2011, murió su padre. La distancia era una carga cada día más difícil de sobrellevar. Esto duró, señala, catorce años: “Y un día me aburrí de eso, y ahí fue cuando pude entrar a Chile, el 2014”.

REGRESO SIN RETORNO

Héctor siempre se imaginó el día que terminara su condena. Tuvo que esperar unos meses hasta tener vacaciones en su trabajo: “Yo entre el 27 de junio. Yo hubiera querido entrar en marzo”. Una vez en suelo chileno, la policía le hizo ver que tenía una causa pendiente. La de usurpación de identidad, fruto de aquella orden que siempre consideró un error. Estuvo a punto de costarle muy caro. Afortunadamente, sólo lo retrasó unas horas en el aeropuerto. Afuera, la familia esperaba ansiosa. Para él, después de tanto tiempo, unas horas más daban lo mismo. Por fin estaba de nuevo en su país.

A la hora de hacer un balance, sin embargo, las cuentas no son muy alegres:

Encontré muy poca empatía con nosotros. Me pasé 20 años fuera y no le importa a nadie, mi familia está igual emocionada, fue una algarabía y yo feliz, pero caché que no había mucha empatía, parece que habían cambiado mucho las cosas y traíamos un discurso que no le gustaba mucho a todo el mundo [...] [la] gente, como que se había acomodado, mucha gente conversa [...]. De repente hay una que otra persona, que nos reivindica, pero es poca gente.

Ahora es extraño en su tierra. la misma sensación que un día tuvo en Bélgica: “Yo me pierdo todavía en Santiago... ha cambiado”. A pesar de la nostalgia, de la familia, y el deseo, el país no era ya un lugar donde volver. Como suele suceder con el exilio, el país que había dejado Héctor ya no existía, y mucho menos sentía tener un espacio para él. Muchas veces ha regresado desde entonces, pero siempre de visita. Su noción de patria está ligada fundamentalmente a la casa de su madre, el barrio que lo vio crecer, y donde jamás hasta que cayó preso supo ni imaginó esa vida de Superman que llevaba, mientras para todos era sólo Clark Kent. Ahí lo reciben como el buen vecino que siempre fue, el “cabro” bueno y sociable, el que nunca tuvo problema con nadie. En su último viaje, cuando se llevó a cabo esta primera parte de la entrevista, y en medio de las restricciones por la pandemia, él trabajaba en los arreglos de la casa materna. A veces salía con los amigos y salió a celebrar los resultados de la elección de los miembros de la Convención Constitucional que trabajará para reemplazar, al fin, la Constitución de 1980 hecha por la dictadura.

En Bruselas, lo esperan sus dos hijos y su trabajo. Su vida, sabe quedó dividida para siempre. Y aunque poco a poco este país se le hace más amable, al menos por ahora no tiene planes de regresar de manera definitiva.

MEMORIA Y REPARACIÓN

El proceso de reparación y resguardo de memoria de las víctimas de la dictadura ha sido un proceso largo y complejo que por cierto está inconcluso. Hay un buen número de iniciativas —informes, leyes y programas— que apuntan a resarcir en alguna medida el daño causado, memoriales en distintos puntos del país que señalan el nombre de los caídos, un Museo de la Memoria referente en

América Latina y una justicia que, de manera lenta y esquiva, sin embargo, ha avanzado en el castigo de los culpables en algunos casos. Así todo, la sensación de impunidad es fuerte, más aún cuando los discursos de odio y negacionistas toman el espacio público. Es, sin duda, una batalla en curso, y cuyos logros son en gran medida mérito de los familiares de las víctimas.

Sin embargo, en el caso de quienes sobrevivieron a la dictadura, después de haberla combatido por medio de todas las formas de lucha, la situación es aún más difícil. En estricto rigor, no ocupan ningún lugar en el espacio de las memorias reconocidas. Más allá de las excepciones, no hay reconocimiento ni reivindicación a esa lucha. Por el contrario, entre los discursos de la transición, la idea de que la democracia se recuperó con un lápiz es asumido en tanto deseo y corrección, por la mayoría de los actores políticos. El propio Partido Comunista tardó muchos años en reconocer su paternidad sobre el FPMR, no tanto por falta de convicción como por consideraciones tácticas, pues ellos mismos estuvieron marginados de la representación institucional hasta bien entrado el siglo XXI.¹³ Si a eso sumamos la división del FPMR, que quienes se mantuvieron operativos fueron quienes se alejaron del partido y, finalmente, terminan desarticulados, es posible entender algunas de estas ausencias.

No obstante, la reparación puede tener muchas caras y las memorias van y vienen, tienen sus contextos y razones, aunque, por cierto, lo que más las mueve es la emoción. A veces es un gesto, una palabra. A veces a tiempo, otras muy tarde o muy lejos.

La experiencia de Héctor en este sentido fue así:

En este país [Bélgica] hubo resistencia contra los nazis, hubo muchos muertos también, hubieron deportados a las cámaras de gas, aquí en

¹³ El PC volvió a tener representación parlamentaria en 2010, por primera vez desde el golpe de Estado.

las calles hay unos bronces que dicen aquí vivió no sé cuánto, y él fue deportado a Auschwitz y murió el día tanto, tanto, recordatorio de la guerra y el orgullo belga es la resistencia, y entonces a ti aquí te abrazan, ellos hubieran hecho lo mismo, así me han dicho los belgas. La gente te reconoce como tal, por ejemplo, yo igual le he contado algunas personas, y ellos son gente que te admira, han llegado a decir que soy héroe. Y yo nunca he querido tener ese estatus, esa huevada sí que a mí no me gusta.

Más allá de los títulos, hay un reconocimiento, que en Chile no tuvo. Acá estuvo preso, fue expulsado del país, y hoy nadie sabe quién es, ni le importa lo que hizo. Por lo contrario, “La gente aquí te respeta porque eres quien eres, yo me siento honrado de repente, porque hay gente que te dice... y me abren las puertas, soy bienvenido en cualquier lugar”. Para terminar, y a modo de ejemplo, me cuenta:

Una vez yo fui a ver a un Senador de la República de acá. Del reinado de Bélgica, y yo fui con los antecedentes del Ramiro¹⁴ igual necesitábamos firmas para el Ramiro. Me llevó un amigo que también es buena onda, pero él, antes de que yo [...] le dice mira es el Héctor Maturana, vino acá exiliado y él fue por atentado a Pinochet. Y el senador quedó mudo, mudo, mudo. No se siente tan allá entonces, siéntese al lado mío, y antes que empezáramos a hablar, me paró y me dio un abrazo. Yo emocionado porque igual era un senador que es súper... no de izquierda, pero muy progresista [...] Y me dijo: es una lástima que no lo hayan matado, pero es la vida. Es por algo que no lo mataron, no lo habríamos tenido en Londres si lo hubieran matado.

¹⁴ Ramiro es el alias de Mauricio Hernández Norambuena. La persona que lo reclutó para participar en el atentado contra Pinochet, su jefe en FPMR, y uno de sus principales comandantes. En 1996, se fugó de la cárcel en un helicóptero, pero años después fue detenido en Brasil, por un delito común, y hubo una campaña para que fuera extraditado a Chile.

Y él señala que esto último el mundo debe agradecerle a Chile, por lo que significó en materia de justicia internacional: “Después, cuando vino el Pablito Sepúlveda [nieto de Salvador Allende] vino para acá, porque estamos en un comité por Venezuela. Y se me ocurre llevarlo donde el senador y la misma historia que el nieto de Allende estuviera en su bureau, estaba súper emocionado y después le dijo y que vengas con Héctor es más simbólico que la cresta. Él quiso vengar la muerte de tu abuelo, es muy simbólico para mí. Para él, yo soy un héroe de la resistencia”.

CONCLUSIONES

En este trabajo hemos recorrido la historia de Héctor, a través de su propio testimonio, el estrecho y polifacético vínculo entre violencia y exilio. Si bien el destierro es en sí mismo violento, las causas que están detrás también, qué duda cabe, está la violencia en múltiples formas. La conversación llevada a cabo con Héctor permitió ir mucho más atrás en la historia de su exilio para desenterrar una cadena de violencias que devienen finalmente en este desarraigo permanente en que se convirtió su vida.

Su vida, como la de todos, es única, pero este diálogo nos permite también mirar e intentar comprender una época, una generación, y un colectivo en particular, como lo fueron los militantes del FPMR. Más allá de juzgar sus actos, podemos tener una visión más real —en el sentido humano— de sus motivaciones o el motor de sus decisiones. La entrevista permite, precisamente, adentrarnos en las subjetividades de los individuos. Más allá de sus actos, en sus recuerdos, en la valoración que hacen de los hechos y en las emociones que dirigen esas acciones. Podemos imaginar a través de una voz en singular el coro polifónico que construye la historia de todos.

El exilio, decíamos, es una historia de la violencia, pero también hemos visto, a partir de la vida de Héctor, que se construye de

otros múltiples materiales como la ternura, el miedo, la esperanza o la desilusión. Que en una vida caben también muchas vidas, y un día puedes ser el muchacho que cree ser Superman, después un paria en el destierro y, al mismo tiempo, el héroe que no buscaste ser. Que transitamos por el mundo de los recuerdos en tiempos y velocidades diferentes, y a la hora de hacer balances algunos ocupan un espacio demasiado difícil de contener. Aquí radica, en mi opinión, el valor de la conversación. Ser el receptor de esa avalancha, pues escuchar es el primer paso para mantener viva la memoria. No hay testimonio sin escucha, y ésta es también una forma de reparación. Héctor me cuenta su historia porque sabe que ha vivido una vida excepcional, por las mismas razones yo quise que me contara su vida.

Él habla también como una forma de que los hechos que él relata nunca caigan en el olvido, habla por él y sus compañeros. Habla porque sabe que pocos saben lo que han vivido y siente la responsabilidad de darlo a conocer. Sabe que son historias de otro tiempo, pero que en su caso no dejan de habitar el presente. Afortunadamente, según me cuenta, ese pasado ha sido recibido por sus hijos, que con orgullo han decidido conservar su historia. Y ése parece ser su mayor triunfo. Agradezco infinitamente a Héctor por entregarme su testimonio, por regalarnos su vida.

FUENTES

Álvarez Vallejos, Rolando. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista*. Santiago: LOM, 2003.

Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE, 2010.

Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. “Decreto Ley 81 fija, por razones de seguridad del Estado, sanciones para las personas que desobedezcan el llamamiento público que indica

del gobierno”, 19 de enero de 1990, en <<https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=5733>>, consultada en abril de 2021.

Bravo Vargas, Viviana. *Piedras, barricadas y cacerolas. Las jornadas nacionales de protesta. Chile 1983-1986*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado, 2017.

Garcés Durán, Mario. *Pan, trabajo, justicia y libertad. Las luchas de los pobladores en dictadura. (1973-1990)*. Santiago: LOM, 2019.

Hertz Cádiz, Carmen, Apolonia Ramírez y Manuel Salazar Salvo. *Operación exterminio. La represión contra los comunistas chilenos. 1973-1976*. Santiago: LOM, 2016.

La Tercera. “El retorno de un fusilero”. *La Tercera*, 9 de agosto de 2014, en <<https://www.latercera.com/diario-impreso/el-retorno-de-un-fusilero/>>.

Osorio Leandro, Mauricio. *Búlgaros. El ejército entrenado para matar a Pinochet*. Santiago: Aguilar, 2021.

Peña, Juan Cristóbal. *Jóvenes pistoleros. Violencia Política en la transición*. Santiago: Debate, 2020.

Peña, Juan Cristóbal. *Los fusileros. Crónica secreta de una guerrilla en Chile*. Santiago: Debate, 2006.

Portelli, Alessandro. *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Rosario: FaHCE/Universidad de la Plata, 2016 (ProHistoria).

Rojas Núñez, Luis. *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la historia política y militar del Partido comunista de Chile y del FPMR 1973-1990*. Santiago: LOM, 2011.

Rousseau, Henry. *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*. Santiago: Universitaria, 2018.

Sepúlveda Momberg, Matías. “Del trabajo protegido al trabajo subsidiado. Intervención, libre mercado y la situación de los trabajadores del PEM y del POJH. 1974-1984”. *Seminario Simon Collier 2014*. Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2015.